

LUGAR DE AUTOR

La literatura que sube de la calle¹

Literature coming from the street

ELENA PONIATOWSKA

(México)

–¿Me quieres?

–Sí. ¿Y tú a mí?

–También yo.

Así de fácil puede ser la comunicación. Bastan unas cuantas palabras para que se establezca el diálogo. Tú y yo, un hombre y una mujer forman una multitud. ¿Qué otra cosa hicieron Adán y Eva?

En 1968, los granaderos, con su macana, les pegaban a los estudiantes en la cabeza, en las costillas, en los hombros, en el vientre, en las partes nobles. “Tengan su diágo, hijos de la guayaba” –decían porque ni la palabra diálogo podían pronunciar.

¿Son indispensables las palabras en el acto de comunicarse? Desde luego que no. Cuando la voz no encuentra su palabra, allí está el lenguaje de los ojos, el de las manos, el del cuerpo entero. En general, el amor es un acto que tiene que ver con el silencio. Y desde luego también, con el goce.

¹ Texto cedido por la autora para ser publicado en Telar N° 24.

Ahí están también las ondas hertzianas y el internet. Emiliano Zapata, nuestro héroe nacional, el héroe de los campesinos, jamás soñó en comunicarse a través del *email* y del arma de la computadora como lo hizo el sub-comandante Marcos desde lo más profundo de las montañas del Sureste chiapaneco con su correo electrónico que lo hizo ganar espacios y simpatizantes en el mundo entero.

Durante los terremotos del 19 de septiembre de 1985 y dos años más tarde el 19 de septiembre de 2017, los brigadistas y los expertos en sismología se comunicaron con los que se encontraban aún con vida por medio de golpecitos en las planchas de concreto de los edificios que se habían hecho sándwich e iniciaron así un diálogo entre la vida y la muerte.

Con sus censores para detectar vida, con sus perros entrenados, las delegaciones que vinieron de Francia y de Estados Unidos pudieron comunicarse con el mundo cuyo corazón todavía latía bajo los escombros. Los brigadistas entablaron un precario diálogo con los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños bajo tierra y les hicieron llegar un mensaje de esperanza. Un equipo adecuado, permitió que los damnificados enterrados los escucharan. El médico Cuauhtémoc Abarca, me contó este ejemplo de comunicación sin palabras, sobre las ruinas del edificio Nuevo León que se había volteado sobre sí mismo como una inmensa ola y había quedado de cabeza: los cuartos de azotea estaban al mismo nivel que el lobby.

“Atención sobrevivientes de la entrada C de Carlos, por favor golpeen diez veces”.

Los registros detectaban –así como en un electrocardiograma– el menor sonido.

“Atención sobrevivientes de la entrada D de dedo, por favor golpeen diez veces”.

Luego les dijeron que golpearan cinco veces, luego tres, y otra vez diez veces.

Repitieron lo mismo con cada entrada del edificio. “Atención sobrevivientes de la entrada C de Carlos, por favor golpeen diez veces”.

Estaba muy avanzada la noche y muy oscura. La voz se oía clarísima.

–Atención sobrevivientes de la entrada E de Ernesto.

–Atención sobrevivientes de la entrada F de Feo.

“Todos habíamos quedado en suspenso –cuenta el doctor Cuauhtémoc Abarca. Durante hora y media los aparatos hacían sus registros, metros y metros de escombros se registraron, capa por capa de tierra como en un pastel de los llamados mil hojas. Aparecían las señales diminutas. Se detectaron muchos sobrevivientes aplastados entre los muros de las entradas C, D, E y F. Como hablo inglés, los técnicos norteamericanos me pidieron que les tradujera a los que nos respondían desde la ultra tumba un mensaje, y esas palabras jamás se me van a olvidar.

–Sobrevivientes, sabemos que están allí, no se desesperen, estamos trabajando y los vamos a sacar.

Híjole, todo el mundo se abrazó llorando, todos nos emocionamos hasta la médula. Y nos emocionamos más aun cuando logramos rescatar de entre los escombros haciendo túneles bajo la tierra a dieciséis personas entre niños y ancianos, hombres y mujeres.

Este testimonio podría ilustrar lo que es la comunicación casi con el más allá, en este caso, con el infierno de los damnificados. La comunicación se hace a través de los satélites, el cable, la telefonía móvil, la onda corta, lo que podría resumirse en la transmisión del sonido por aire. En situaciones extremas la comunicación también se improvisa porque cada hombre improvisa una nueva conducta, cada hombre nace a una nueva forma de ser: la de la supervivencia, la de la entrega a los otros.

La literatura consta de algo más que unos golpecitos en la pared para decir a quién quiera oírlo: “Estoy vivo”, pero la gran literatura tiene también mucho de llamado a la participación. ¿Por qué? Porque finalmente parte de la realidad. No quisiera yo decir nada sobre arte porque no soy crítica y porque creo que me muevo con mayor facilidad en la crónica, en la entrevista, en el testimonio. Oigo la voz de la gente, sobre todo en circunstancias de pánico o peligro y retengo sus palabras a las que después les doy forma.

En este otro testimonio es evidente la tristeza de un joven brigadista universitario Antonio Lazcano Araujo que llegó al Parque Delta a fumigar cadáveres y se

encontró con un estadio vacío en el que todos los asientos estaban vacíos y los actores en el centro de la arena estaban muertos. “A empezar a fumigar cadáveres” –nos ordenó el doctor.

Afortunadamente a mí no me tocó a la primera ni a la segunda rociada, sino hasta la tercera. A una distancia de casi 20 metros se veían bolsas de plástico, el hielo seco y los montones, pero esos montones mal cubiertos de plástico eran los cuerpos. Yo no quería ver. La máquina de aspersión soltaba el formol con tal fuerza que se levantaban los plásticos y sin embargo lo primero que vi fue una muchacha alta, tendida en el suelo, muy blanca, el cuerpo todo lleno de puros moretones, completamente desnuda con el pubis rasurado y unos pechos muy grandes cargados de leche. Decía “Número 76 Gineco Obstetricia, Hospital Juárez”. Me fijé que tenía una rajada en forma de media luna en el vientre y me dio mucha tristeza darme cuenta de que esa mujer acababa de tener un hijo: era un vientre que no había sido estéril. De lo pálido, el cadáver era como una estatua maltratada. “Bueno, pero ¿por qué te moriste?” Así, sin darme cuenta, inicié un diálogo con los muertos. Rociaba y me hablaba al hablarles. Les preguntaba: ¿por qué? Vi a una gorda con un vestido de tela muy corrientito. Ví a muchos. Sentí un gran pudor, se los decía: “No tengo derecho a estarte viendo con el vestido alzado, no tengo derecho a estarte viendo desnuda, no tengo derecho a verte”. Vi cadáveres oscuros, ennegrecidos y en un momento dado empecé a repetirme: “Esto ya no tiene nada que ver con la gente, éstos ya no son humanos”. Me lo repetí muchas veces, como para protegerme. “Esto no es más que materia orgánica, estos brazos prensados, estos rostros tumefactos, estas lenguas botadas, esto no es más que materia orgánica, aquí hay muchas bacterias y tengo que evitar que se dispersen, por eso estoy fumigando”. De repente volví la cabeza y a mano izquierda vi una niña con sus ojos abiertos, abiertos, en una sonrisa, así como una mueca destrozada, una niña de ocho años: “Niña, pero ¿por qué no corraste? ¿Por qué te cayó la trabe encima?”. Todo el tiempo estuve dialogando con los cadáveres con una insistencia en la que había rabia, coraje, odio: “no es justo”. “No es justo que en este país se caigan los hospitales, las escuelas, los edificios del gobierno, los de oficinas públicas, no es justo que le toque siempre a la gente más fregada”.

Todos los brigadistas sentíamos frío en las piernas por el hielo seco y el formol. Además, teníamos miedo. Llegó un muchacho así flaquito, chaparrito, morenito,

el típico mexicano que ha tenido que chambear muy duro, que seguramente vive en una vecindad en una colonia perdida, con su suetercito demasiado delgado, caray, qué gente más desprotegida la nuestra, de veras qué desamparo el suyo, de veras que te da un coraje ver a esa gente así, sin nada. “¿Las cajas?” preguntó: “¿Cómo está lo de las cajas?” Para él eran tres cajas. Las cajas. Quería saber si había que pagarlas. ¿Pero con que las pagaba el inocente?

–¿Ya identificaste a tu gente?

–Sí, están allí. Pero como está lo de las cajas.

–No, lo de las cajas es gratis; ahorita te las damos.

–¿Vienes tú solo?

Venía por su hermana, y por dos sobrinas, una de catorce años y otra de nueve. Preparamos los ataúdes, uno grande y dos pequeños, y me di cuenta que uno tenía dos clavos salidos pero dije: “Ni modo, no importa”. Después vimos cómo el flaquito empezó a apachurrar con sus tenis los clavos y como no lo logró, se puso a doblarlos con una tabla. Ese sólo acto le devolvió toda la dimensión humana a los cadáveres en el estadio porque a las cuatro horas, yo pensaba que lo único real eran las bacterias, pero para el flaquito, sus cuerpos, aunque estuvieran todos destrozados, eran su gente y su cadáver tenía derecho a no lastimarse con los clavos.

Entonces le pregunté al flaquito: “Oye, ¿nos permites rociar con cal a tu gente?”

–Sí.

A la muchacha de catorce años tuvimos que pasarla a un ataúd de adulto porque no cupo en el pequeño, y cuando empecé a rociarla con cal me acordé de Hamlet. En un momento dado, cuando Ofelia, ya loca, muere ahogada, la madre de Hamlet le echa violetas y piensa: “Mira, vengo a echar sobre tu cuerpo las flores que debí poner sobre tu lecho nupcial”. Tuve exactamente la misma sensación: “Estoy echándote cal, niña, para que te vayas toda blanca, pero te vas blanca de cal. No viviste nada, niña de 14 años. Te vas blanquita”. Con todas esas asociaciones que uno tiene de la pureza, de la dignidad, de lo

intocado, de todo eso, no pude sino rociarla con una poquita de cal. “No le tocó ni una flor, sólo un poco de cal.

Así termina el testimonio del brigadista Antonio Lazcano Araujo en el Parque Delta.

Para quienes denigran el testimonio, para quienes rechazan el trabajo de sociólogos y antropólogos sociales, creo que los libros de Ricardo Pozas *Juan Pérez Jolote*, los de Oscar Lewis sobre la pobreza mexicana, los de Miguel Barnet sobre Cuba, los de Studs Terkel en su libro *On working* forman parte del canon de la literatura de América Latina.

¿Cómo se integran estos textos dentro de la vida social de un país? Simple y sencillamente porque la reflejan; mejor dicho reflejan un determinado momento, una situación límite en la vida del país, o quizá deberíamos decir, en la muerte del país.

La literatura testimonial es la que sube de la calle, la que sale de la boca de hombres y mujeres, la de las voces que escuchamos, la del grito, la que hacemos entre todos apenas amanece. Es la crónica de nuestras horas, de nuestros días y de nuestras vidas. A lo mejor América Latina se está hundiendo, a lo mejor nuestra miseria hace que nuestra lenta marcha hacia los Estados Unidos cambie la faz de todo el continente, a lo mejor nos vamos a perder, quizá muchas de nuestras formas de vida se pierdan porque ya se están difuminando, quizá todos seamos *hispanics* ya que en los Estados Unidos, ahora hay que saber hablar español porque casi treinta y tres millones lo hablan, quizá a los que vengan después de nosotros les parezcamos fantasmas, pero la voz, el relato, el recuerdo, el diálogo, los hombres que hablan entre sí, los campesinos que en la noche se juntan alrededor del fuego, prenden un cigarro y le preguntan al otro: “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de que cómo mataron al hijo de Pancho Villa?” toda esta memoria colectiva forma parte de la literatura testimonial y de ella nos nutrimos. Conforman un mosaico de voces que son historia y literatura y dan un retrato único de nuestros países, estos países que tienden a desaparecer porque ya su economía se ha “dolarizado” como en el caso de Panamá y en el de Ecuador o se han convertido en estados asociados como en el de Puerto Rico y sin embargo son inmortales porque su voz es poderosa, su voz es parte de nuestra herencia.

Los cronistas del siglo XIX, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ángel del Campo, Micrós, Ignacio Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Zarco, consolidan a una nación y para saber quiénes éramos recurrimos a sus libros. Además de testigos privilegiados, los cronistas, son ante todo, furiosamente nacionalistas. Buscan por sobre todas las cosas, la independencia y la grandeza de su país.

A través de la ventana, en América Latina la multitud está siempre presente, el hambre también, el desempleo, y otra vez la muchedumbre, la misma carne de cañón que alimenta los terremotos, la de las grandes desgracias universales. De pronto, uno de ellos, un indigente, uno del montón, quien en el primer terremoto nos salva la vida. No sabemos cómo se llama, el no da ninguna información acerca de sí mismo, nunca lo volveremos a ver, él nos salvó la vida, allí está latente.

Sujeto a bárbaras presiones económicas y sociales, México podría parecer una embarcación tambaleante. Sin embargo, el pueblo mexicano tiene una fortaleza poco común y una capacidad de lucha mayor que la de las catástrofes naturales y políticas que lo aquejan. A la semana de la espantosa tragedia que provocó el terremoto de 19 de septiembre de 2017, en la avenida Insurgentes se llevaba a cabo una carrera de relevos cuyos participantes eran hombres de extracción popular. Con sus sudaderas blancas, rojas y azules, sus calzones cortos, corrían hacia alguna meta inventada. Unos días antes habían dado muestras de una solidaridad conmovedora; se quitaban sus sacos y chamarras para entregárselas a los damnificados; ahora corrían por la avenida Insurgentes, flacos, desgarrados, mal comidos, sus cachuchas al revés, sus músculos esmirriados, el maratón protegido por patrullas policíacas. Al mirarlos desde la acera de la avenida Insurgentes me quedé azorada: “Mira nomás a nuestro pueblo” –escuché decir a una señora– “Mira nomás. Hace cinco días salió de los escombros y ahora corre para ver si gana el maratón”.

A raíz de 1968, muchos mexicanos iniciaron una nueva relación con su gobierno, la de una crítica y una participación activa.

La literatura testimonial hace visible un hecho oculto a la sociedad. Informa acerca de lo que no sabíamos o de aquello que nos negábamos a saber. No hay literatura testimonial sobre la riqueza porque los magnates siempre tienen a un *ghost writer*, un escritor fantasma a quien dictarle su autobiografía. La clase dominante procrea a sus amanuenses y a sus apologistas. Sin embargo, el escritor polaco

Ryszard Kapuscinski, quizá el más notable periodista del Siglo XX, (y lo llamo periodista porque el mismo así se considera) Ryszard Kapuscinsky quien ha reseñado las guerras del mundo a lo largo de peligrosas misiones, nos da entre otros, un magistral relato de la riqueza y el poder al escribir la biografía de Haile Selassie, el emperador de Etiopía, otro sobre la guerra de Angola, otro más que lleva el provocativo título de “Cristo con fusil al hombro” ya que fue durante varios años corresponsal de la agencia de prensa polaca.

También Svetlana Alexievna, ganadora del Premio Nobel para el enojo de Putin y el gabinete ruso, la historia oral suele estar ligada a la pobreza porque es fundamentalmente una denuncia.

Y una acusación.

La literatura testimonial es siempre política. ¿Por qué? Política, la obra de Oscar Lewis; política, Domitila Chungara en su condena de los dueños de las minas de Bolivia; política, Rigoberta Menchú, al evidenciar la injusticia social y el racismo en Guatemala; política, Benita Galeana quien militó en el Partido Comunista Mexicano y ni uno solo de sus camaradas se preocupó por enseñarle a leer y escribir; político, el libro de Judith Friedlander sobre el pueblo de Hueyapan, en Morelos; políticas las crónicas de Rodolfo Walsh en *Operación Masacre*, en Buenos Aires; político el también argentino Miguel Bonasso en su *Recuerdo de la Muerte*; política Ana Gutiérrez en su *Se necesita Muchacha* acerca de las condiciones de vida de las sirvientas del Cuzco, en Perú; político, el uruguayo Eduardo Galeano, autor de *Memorias del Fuego*, *El libro de los abrazos*, *Las palabras andantes*.

Las crónicas acerca del movimiento estudiantil de 1968 y la masacre del 2 de octubre de 1968 son producto de la indignación y la natural inclinación que he sentido siempre por los jóvenes. Esta alianza con los estudiantes se inició en 1968, continuó con el festival de rock de Avándaro que reseñé ampliamente y continua el día de hoy a través de las brigadas de simpatizantes que salen desde la UNAM a Chiapas a las comunidades indígenas que se han aliado al Ejército Zapatista de Liberación Nacional. En 1968, a partir del 3 de octubre empecé a ir de nuevo a Lecumberri a visitar a los estudiantes presos políticos. La indignación por la muerte de tanta gente inocente en la Plaza de las Tres Culturas y el hecho de que los periódicos obedecieran a la consigna gubernamental y se ejerciera una censura

feroz contra cualquier información que no fuera la oficial hizo que fueran rechazados los artículos que fui guardando en una carpeta sobre mi escritorio. Hasta una entrevista con la periodista italiana Oriana Fallaci fue a dar al cajón de los artículos rechazados. A fines de 1968 y durante todo 1969 fui a la cárcel de Lecumberri a entrevistar a los líderes del movimiento y a otros presos políticos que me contaron su experiencia hasta formar un coro plural o una entrevista a varias voces.

Como todos los testimonios se repetían y empezaban más o menos igual e insistían en lo mismo: “A las 5:19 de la tarde un helicóptero sobrevoló la plaza y salieron tres luces de bengala y esa fue la señal para que empezara la balacera” escogí para el libro *La Noche de Tlatelolco* (Era, 1971) lo que más me impactaba de cada uno para ir armando un relato que iba creciendo en intensidad. Fue una escritura casi automática, una acción puramente impulsiva. Armé el relato y coloqué los testimonios según la emoción del momento y siguiendo mi instinto. La forma de montaje de los textos responde a un estado de exaltación, a la fervorosa devoción que me embargó durante esos días de trabajo y de repulsión por la masacre de quizá 350 personas en Tlatelolco, cifra que dio el periódico *The Guardian* y que habría de retomar Octavio Paz en su libro *Posdata* y en el prólogo para la edición norteamericana: “Massacre in Mexico”, publicada primero por Viking Press (A “Richard Seaver book” y ahora por la University of Missouri Press, desde 1992).

A raíz de la publicación de *La Noche de Tlatelolco*, encontré auditorios repletos de estudiantes que no venían a escuchar una plática, sino a buscar a un líder que los levantara en armas. Finalmente, querían tener testimonios del pasado para sustentar su enojo.

El norteamericano Studs Terkel entrevistó en los Estados Unidos a barrenderos, enfermeras, conductores de autobuses, taxistas, ferrocarrileros, taquimecanógrafas, afanadoras, jardineros y produjo uno de los mejores libros sobre el trabajo que pueda concebirse. *On Working*, (Trabajando) se lee como la mejor novela. Alguna vez Studs Terkel recogió la voz de un bombero que le dijo: “Puedo mirar hacia atrás y decir: Ayudé a apagar un fuego, ayudé a salvar a alguien y esto es algo de lo que hice sobre la tierra”. Las expresiones de los trabajadores son siempre directas y profundas porque dicen lo que sienten sin mayor elaboración.

México es un país de grandes cronistas, el primero Carlos Monsiváis quien me

dijo poco tiempo antes de que supiéramos que iba a morir: “Yo ya no voy a leer novelas, en América Latina, la realidad va mucho más allá que la ficción. Si escribes una la leeré porque eres mi amiga, pero lo haré con mucha flojera”.